

más cordura, hija mía, más cordura.
 Bien, adelante: vamos, adelante.—
 Y, por no hablar más claro, el pobre cura
 jugaba con enigmas al volante;
 y no queriendo darle con prudencia
 la más leve lección de adolescencia,
 muy peligrosa en almas inocentes,
 sólo después de estas ligeras riñas
 se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
 —¡Son el diablo estos ángeles de niñas!—

IX

Y como todo viejo, y más si es cura,
 de todo niño es natural abuelo,
 con más amor que religioso celo,
 le dijo á aquella hermosa criatura:
 —Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
 y entrarás sin rodeos en la gloria;
 reza una Salve, toma agua bendita
 y cómete esta almendra en mi memoria.—
 Y después que la niña se confiesa,
 la mano al señor cura
 en la actitud de un oficiante besa:
 se levanta gentil, con la soltura
 de un querubín que hacia los cielos pesa,
 y ante el altar, con adorable gracia,
 entre un corro de gente pecadora
 se arrodilló Teodora
 más grave que un alumno en diplomacia.

X

Después supo el obispo de Orihuela,
 por cierta confesión de cierta abuela,
 de puro religiosa, condenada,
 que, faltando á los cánones sagrados,
 castiga con almendras los pecados
 el cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO

LA EGLOGA

I

Fué creciendo, creciendo,
 y pasaron diez años; y Teodora,
 cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
 lo iba ganando en gracia pensadora.
 La antigua pecadora,
 que veinte años cuenta hoy exactamente,
 tiene pupilas de horizontes llenas;
 voluptuoso reir en casta frente;
 y deja ver su cutis transparente
 cómo corre la sangre por sus venas.
 Con gusto encantador por lo sencillo,
 con flores todo el año en sus cabellos,
 arrollándolos bien, forma con ellos
 detrás de la cabeza un canastillo.

II

—Decidme, mi querido señor cura,—
 decía confesándose Teodora:
 —¿no es una gran locura
 que esté tan decidida
 á que me case ahora
 la pobre madre á quien debí la vida?
 ¿No es un gran desatino
 casar con otro á quien tan sólo piensa
 en... ya sabéis, mi primo, aquel marino
 que tiene el alma como el mar, inmensa?—
 Mientras la escucha atento,
 —Es muy común—el cura se decía,
 entre burlas y veras—
 que todas las muchachas costaneras
 dediquen de un marino al pensamiento
 veinticuatro horas largas cada día.

III

—Mi primo... ya sabéis—siguió Teodora—
 que vive hoy una vida de pesares
 en Londres, un lugar donde está ahora,
 más allá de los montes y los mares.

Las playas saben mi constante anhelo,
 pues, sin poderlo remediar, suspiro
 cuando se nubla el horizonte, y miro
 por el lado del mar cerrarse el cielo.
 Mi primo es aquel primo que, algún día,
 os confesé que alegre me besaba;
 le amé niña, mas yo no lo sabía;
 ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
 Como siempre fantástico el deseo
 me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
 que me habla de él y su venida, creo,
 el monólogo eterno de las olas.
 Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
 siempre estoy esperando,
 y hasta las aves de la mar, pasando,
 parece que me dicen:—¡ Le hemos visto!

IV

—Mas sepamos primero—
 dijo el cura, prudente y reservado:—
 de amaros y volver, ¿él os ha dado
 su palabra de honor de caballero?
 —Me juró que me amaba y volvería—
 fué diciendo Teodora—
 cuando el sol por la tarde se ponía,
 y al despuntar la aurora,
 y alguna vez también al mediodía;
 y alguna, y más que alguna,
 por la noche, á los rayos de la luna.
 Y, perdonad, decir se me ha olvidado
 que en mayo y en abril me lo ha jurado
 por todos sus jazmines y azucenas;
 por los árboles todos, en estío;
 por todos sus cristales, junto al río;
 cerca del mar, por todas sus arenas.—

V

Mientras Teodora hablando proseguía,
 como era á fuerza de candor profundo,
 el cura por lo bajo repetía:
 —(¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)
 —Mi madre quiere que á la fuerza quiera
 á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
 como es el que me espera
 para darme su mano y su fortuna.
 El verlo nada más me da tristeza;

él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
 tiene favor, honores y riqueza,
 talento, juventud y un nombre honroso...
 mas ¡si vierais al otro, señor cura,
 con gorra de oro y sable á la cintura!...
 ¡Cuanto mira, al pasar, de luz se baña!...
 mientras éste de aquí, que va á ser mío,
 tiene una gracia sepulcral y extraña;
 donde quiera que entra él, siento yo frío,
 —Pues señor, se conoce—piensa el cura—
 que en la misma inocencia,
 para agotar de un cura la paciencia,
 transformado en hermosa criatura
 coloca Satanás su residencia.—

VI

Y ella siguió:—Vuestro favor imploro;
 prestadme ayuda en tan difícil paso:
 de uno me río y por el otro lloro;
 éste me hiela y por aquél me abraso.
 No amo al presente y al ausente adoro.
 ¿Qué hago, señor, me caso ó no me caso?—
 Mirando á un Cristo viejo
 por ver si le inspiraba algún consejo,
 el cura se callaba,
 y del candor en la embriaguez suprema,
 al ver que el Cristo nada le inspiraba,
 por lo bajo entre dientes murmuraba:
 —¡Segunda confesión; otro problema!—
 Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
 El viejo, que era un niño venerable,
 no cayó en que Teodora
 buscaba, tan sutil como traidora,
 en la doblez de sus astutos planes
 el apoyo moral del cristianismo:
 maniobra de los grandes capitanes
 que ponen de su parte el fanatismo.

VII

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
 y para herirse al corazón se apuntan;
 y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
 como un choque de espadas, las respuestas:
 —Me muero, si me caso, os lo confieso.
 —Ilusión nada más de los sentidos.
 —Hay voces que en el aire me hablan de eso.

—Eso será que os zumban los oídos.
 —Bien, lucharé; pero seré vencida.
 —No volverá tal vez.—¿Y si volviera?
 —Ese hombre os ha hechizado; ¡estáis perdida!
 —Así tendrá que ser como él lo quiera.
 —Tras vana agitación tendréis reposo:
 yo rezaré por vos, seréis dichosa:
 ¡dichoso aquel que os tenga por esposa!
 —Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
 —¿De qué sirve creer en lo increíble?
 —Más sabe el corazón que la cabeza.
 —¿Qué podrá suceder?—¡Todo es posible;
 yo amo con fe y espero con firmeza!—
 Al verla discutir tan bien y tanto
 siente un temblor de espanto,
 cual si tuviese frío,
 al comprender el santo
 que aquel tipo cabal de las mujeres
 era el más bello y, ¿lo diré, Dios mío?
 el más inobediente de los seres.

VIII

Teodora, ardiente y viva,
 filósofa sutil y positiva,
 que no pasó, cual yo, velada alguna
 en cuestiones ociosas,
 buscando la razón de muchas cosas
 que no tienen jamás razón ninguna,
 añadió, de su plan desesperada,
 disparando, al huir, á sangre y fuego,
 y haciendo una brillante retirada
 mejor que en Asia Jenofonte el griego:
 —Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
 y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
 como soy tan fantástica, no tengo
 la condición de una excelente esposa:
 mas lo mandan mis padres, y adelante;
 yo quiero á toda costa ser honrada,
 mas no sé si vivaz y enamorada,
 podré ser buena esposa y buena amante...—
 Hablaba así Teodora, y de repente,
 callando unos momentos,
 con un silencio diestro y elocuente
 una pausa llenó de pensamientos;
 reticencia tan vil y calculada
 al pobre cura de terror inmuta...
 Ante el saber de una mujer astuta,
 Cicerón y Pascal no saben nada.

Y es que desde Eva, madre de Teodora,
 la raza no mejora.
 Porque no oye solícito sus quejas,
 anuncia astuta males sobre males:
 yo recuerdo muy bien que eran iguales
 las jóvenes de antaño que hoy son viejas,
 y así serán y han sido
 las que están por nacer ó ya han nacido,
 lo mismo en todo el orbe que en España;
 las madres miserables y opulentas,
 las hijas titulares y harapientas,
 las abuelas del trono y la cabaña.

IX

—¡Qué locura, Dios mío, que locura!
 ¿No veís que rara vez—le dice el cura—
 la vida nos enseña
 que esos sueños de niña muy pequeña
 los pueda realizar la edad madura?
 Moderad el ardor de los sentidos;
 ¡Teodora, andad despacio,
 porque siempre nos ven, desconocidos,
 dos ojos desde el fondo del espacio!—
 Ayudando á llevarla á su destino,
 cual se lleva una oveja al matadero,
 pensó el cura ponerla en el camino
 de lo bueno, lo justo y verdadero;
 y después que ella vió desvanecida
 la poética imagen de su vida,
 puestas en cruz las manos y llorosa,
 recibió con la frente prosternada
 la bendición del cura arrodillada;
 besó su mano en actitud piadosa,
 con la fe de una santa resignada,
 y se marchó, si no más consolada,
 menos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO

LA TRAGEDIA

I

Porque triste, muy triste, se moría
 llena de desengaños,
 el cura del Pilar, en cierto día
 en su postrera confesión oía
 á una joven anciana de treinta años.

—¡Ha venido—decía
la vieja que era joven todavía—
aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros, en conciencia,
que tengo, desde entonces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
pregunta el cura á la doliente esposa.
—La cama de mi madre es esta cama—
le respondió;—pues por mi madre os juro
que soy materialmente virtuosa;
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.—

II

—¡Pues valor—dijo el cura,
á fuerza de candor siempre profundo—
que la mayor tribulación del mundo
la guarda Dios para la edad madura!
—¡Valor, valor!—la enferma respondía.—
¡Lucharé hasta morir! Mas, ¡cosa extraña!
resistir á su encanto no podría,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!
—¡Luchemos, hija mía—
el cura repetía,
de Dios y de su fe siempre seguro;—
no hay grito de dolor que en lo futuro
no tenga al fin por eco una alegría!—
Y luego añade, de la Biblia lleno,
satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
hay luchas en el puente del abismo!—

III

En querer consolar las grandes penas
de una mujer tan firme y tan amante,
era aquel pobre confesor un ciego,
sabiendo que corría por sus venas
la sangre de las viñas de Alicante
que crían una savia como el fuego.
El cura no sabía
que el no amar es muy bueno, pero es frío;
y por eso á Teodora le decía,
derramando en sus llagas el rocío
de una piedad sincera:
—Van á cumplir veinte años

que, ajena de pasiones y de engaños,
vuestra sagrada comunión primera
fué por vos de mi mano recibida;
¡sed digna del honor de vuestra historia!
¡Reanimad el valor con la memoria
de los años primeros de la vida!
—¡Quince años hace escasos—
Teodora murmuró—que el dulce ruido
que levantaron, al marchar, sus pasos
quedó como una música en mi oído!
Y hace veinte—añadió con torvo ceño,
mirando al cielo en ademán de queja—
que es él de mi alma y mis sentidos dueño.
¡Veinte años que pasaron como un sueño!
¡Tenéis razón; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.—
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
cuando la causa de su mal confiesa,
como suele temblar la mariposa
que siente el alfiler que la atraviesa;
y el pobre confesor, que no sabía
que si es bueno no amar, es cosa fría,
cual sintiendo en la piel la ardiente huella
de un diablo que abrasándole le toca,
mira á la enferma con pavor, y en ella
halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
—No estoy loca, es que estoy enamorada—
siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe, reclamo;
si le amo, vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?
Aguzando el oído,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice cayendo en postración extrema:
—¡Tercera confesión; tercer problema!...—
Dudando en su fatal desconfianza
qué haría y qué diría,
por no romper el hilo todavía
que enlaza la mujer á la esperanza,
el cura del Pilar, quedando inerte,
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
pues á sí mismo con dolor se advierte
que es, en los actos del deber, la duda
una pregunta vil que hace la muerte.

IV

Ahogando la emoción de su ternura
 en un áspero y recio resoplido,
 añadió en el umbral de la locura:
 —¡O viva en el del otro, señor cura,
 ó muerta en el hogar de mi marido!
 ¿Puede un corazón tierno
 sufrir eternamente esta cadena?
 ¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
 ó eso también es un problema eterno?—
 Oyendo esta herejía,
 creyó el cura que en ella traslucía
 la cara de Luzbel, oliendo á infierno;
 y siendo encantadora,
 aunque era un ángel de piedad Teodora,
 y el cura lo sabía,
 como todo hombre bueno, algo indeciso,
 oyéndola decir lo que decía,
 en su faz la tristeza se veía
 con que Eva dejó un día el Paraíso.

V

Y al cura, que azorado la veía,
 y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
 después le repetía,
 aceptando, Teodora, resignada
 la paciencia que lleva á la agonía:
 —¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!—
 Y el cura respondía:
 —Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
 ¡ved que estáis en peligro de la muerte!
 Y enfermo de terror y sentimiento,
 su rostro, que tapó con ambas manos,
 se cubrió de ese tinte amarillento
 que da tanta tristeza en los ancianos.
 —Ya veis que sé morir como es debido—
 siguió Teodora con siniestra calma.—
 ¡Decidida á partir, tan sólo os pido
 que echéis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
 él su memoria, su piedad el cielo,
 vos el perdón, la humanidad su olvido,
 la tumba su pudor, la muerte un velo!—

VI

Pasan después unos momentos llenos
 de calma aterradora;
 y entretanto, ¿qué hacía
 en alocada expectación Teodora?
 ¿Dormía? No. ¿Velaba? Mucho menos.
 Con las manos el pecho se oprimía,
 queriendo hacerse el corazón pedazos.
 Se incorpora después, alza los brazos,
 estrecha en ilusión alguna cosa
 en medio de la fiebre que le abrasa,
 y dice con sonrisa voluptuosa,
 dejándolos caer:—¡Es él, que pasa!—
 Al ver aquel amor inexorable,
 á su buen Dios el cura inconsolable
 la encomienda en sus santas oraciones;
 y al oír, espantado,
 salir de la culpable
 aquella interminable
 tempestad gutural de aspiraciones,
 una oración sobre otra le prodiga,
 y exclama el sacerdote, horrorizado:
 —¡El ángel llega tarde, y sólo espiga
 lo que ya Satanás dejó segado!—
 Y así el buen cura exclama,
 porque ya con dolor ha comprendido
 que es imposible, á semejante llama,
 oponerse á un amante que es querido
 y entregarse á un marido que no se ama;
 y aunque algo tarde, á conocer empieza
 que es más fuerte el amor que los deberes,
 pues rinde de los hombres la firmeza
 y hasta el débil poder de las mujeres.

VII

Llegando al fin de su terrible suerte,
 la enferma, medio muerta tiempo hacía,
 después de un gran silencio en que se oía
 muy cercana de allí volar la muerte,
 mirando fijamente, sin ver nada,
 tiende una mano ardiente y descarnada,
 busca con ella al infeliz anciano
 que por su dicha ruega,
 y el rostro le tocó como una ciega
 que tuviese los ojos en la mano;
 se ponen azuladas sus mejllas;

sale un hondo ronquido de su pecho;
 el cura la bendice de rodillas;
 después... ¡después era una tumba el lecho!

VIII

Más muerto que la muerta, el pobre cura,
 cuando luego miraba
 el alma triste y bella
 de aquella esposa fiel, culpable y pura,
 flotar sobre una estrella,
 —¡Perdonadla, Dios mío!—murmuraba.
 ¿Cómo Dios negaría su indulgencia
 á una mártir que, fiel á otros amores,
 á fuerza de sentido y de paciencia
 el luto de su hogar cubrió de flores?
 Cuando el cura veía
 aquella alma flotar sobre una estrella,
 y su perdón pedía,
 es porque no sabía,
 héroe feliz de una tranquila historia,
 que cuando muere una mujer como ella,
 toca á muerte la tierra, el cielo á gloria.

IX

Y cuando el cura, de su buen consejo
 el término funesto contemplaba,
 llorando como un niño el pobre viejo
 sobrecogido de terror oraba.
 —¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
 gritaba el infeliz, desesperado,
 quejándose de sí como un malvado
 que asesina á la vuelta de un camino.
 Mas, fiel á su destino,
 conociendo después, más serenado,
 que así á volverse loco un hombre empieza,
 con horror exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
 Y valerosamente,
 reanimando uno á uno sus sentidos,
 á brillar comenzó su noble frente
 con la luz de los seres elegidos.
 —¡Hago el bien, y suceda lo que quiera!—
 dice tranquilo y con la frente erguida.—
 ¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
 que es el deber primero que la vida!—
 Pasó después un siglo de un momento;
 murmuró otra oración, y de repente

azotó con los pies el pavimento,
 y con las manos se azotó la frente:
 miró á la muerta con viril firmeza,
 y á repetir volvió:—¡Fuera flaqueza!—
 Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
 rendido el cuerpo y destrozada el alma,
 después de un negro batallar tan rudo,
 á recoger volvió su santa calma
 como recoge el gladiador su escudo.